Estamos celebrando este mes el 50º (Quincuagésimo) aniversario de la elaboración y publicación de la Declaración “Nostra Aetate” (octubre 1965). Es el documento oficial que posibilitó al mundo católico reflexionar sobre sus relaciones con su propia historia e identidad y con el pueblo judío y el Judaísmo. Con esta declaración se (yo sugiero eliminar esta frase porque tienen redundancia con lo que se dice más adelante) e inauguró una nueva forma de pensar, exhortando a los católicos a tener una nueva actitud cristiana hacia al pueblo judío y el Judaísmo, y eventualmente impactó también la mirada judía hacia la iglesia Católica. La nueva reflexión es de dos niveles:

AD INTRA: ¿Cómo el cristiano católico debe concebir su fe cristiana en relación con la existencia del pueblo judío, con las promesas de Dios hacia este pueblo hasta nuestros días?

AD EXTRA: significa el encuentro con el Judaísmo. No solamente el bíblico del pasado, que existió hasta la destrucción del Segundo Templo, sino que se trata de encontrar al Judaísmo de siempre, el que vive hoy en su realidad histórica actual. Se trata de conocer y reconocer al pueblo judío, tal como el mismo se define hoy en nuestros días, y sobre todo encontrarse con el pueblo que regresó a su tierra, la tierra de Israel.

El Papa Juan Pablo segundo presentó la realidad permanente del pueblo judío con una notable fórmula teológica en su alocución a los representantes de la comunidad judía de Alemania Federal, en Maguncia, el 17 de noviembre de 1980: *“teniendo en cuenta la fe y la vida religiosa del pueblo judío, tal como se practica hoy, puede ayudar a entender mejor determinados aspectos de la vida de la Iglesia".* Cualificando Israel como: “*el pueblo de Dios de la Antigua Alianza, nunca revocada…”*

En la constitución de los hebreos podemos ver tres elementos juntos: Dios, Pueblo y Tierra. Los tres forman un conjunto.

Las visitas consecutivas de los Papas en Israel, sobre todo la última, del Papa Francisco, que podamos (Podremos) apreciar a través de (la) esta exhibición (que inauguraremos en unos momentos), traducen la disposición de la Iglesia de forma positiva, en relación con este conjunto del pueblo judío, el Judaísmo y la Tierra de Israel.

Nostra Aetate contribuyó no sólo a profundizar el dialogo teológico, sino también a establecer vías de colaboración diaria y contactos fluidos entre el Vaticano e Israel, que culminaron con la firma del convenio entre la Santa Sede y el Estado de Israel en 1993. Allí empezó un proceso de normalización, que ha llevado al establecimiento de relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el Estado de Israel en el año siguiente. Desde entonces hemos llenado un contenido concreto a estas relaciones, en cooperación académica, colaboración en educación y cultura, eventos comunes, visitas oficiales, y diálogos inter-religiones. (Religiosos)

Es importante destacar que estas relaciones respectan (respetan) las reglas del protocolo diplomático, pero representan mucho más que lazos ordinarios entre dos estados. De un lado un estado pequeñito territorialmente hablando, pero el más grande del mundo en número de almas, que su influencia transciende el tiempo y el espacio, y su vocación es universal, y de otro lado, un estado nuevo de uno de los pueblos más antiguos del mundo, que represente una alianza divina a través del concepto de unidad entre nación, religión y tierra.

Quizás que el desafío que nos ha puesto el Señor, es de ver si estamos (somos) capaces de superar nuestros propios (nuestras propias) limitaciones y prejuicios, para conciliar entre dos conceptos tan diferentes, y de transformarlos, juntos, desde miradas contradictorias hacia una conciencia humana complementaria, que podría llevarnos a la salvación.

Como el dicho del Cardenal Kurt Koch, caminaremos siempre juntos, porque "*en nuestras diferencias somos el pueblo de Dios*".